

tades, una tras otra, en las épocas señaladas por su sabiduría. En lo sucesivo, este programa de progreso continuo es el que tenemos la misión de defender en esta Asamblea...

Uno de los cinco diputados de la izquierda se levantó indignado, diciendo:

—Usted ha sido ministro de la represión á todo trance.

Y otro agregó apasionadamente:

—Los pobladores de Cayena y de Lambessa no tienen derecho á hablar en nombre de la libertad.

Una explosión de murmullos se alzó en la Cámara. Muchos de los diputados no entendían, se inclinaban é interrogaban á sus vecinos. El señor de Marsy hizo como que no había entendido, y se contentó con amenazar á los interruptores con llamarlos al orden.

—Se me acaba de reprochar...—repuso Rougón.

Pero nutridos gritos se alzaron de la derecha y le impidieron proseguir.

—¡No, no, no conteste usted!

—¡Esas injurias no podrían llegar hasta usted!

Entonces apaciguó á la Cámara con un ademán; y, apoyándose con ambos puños en la orilla de la tribuna, volvióse hacia la izquierda, en actitud de jabalí acorralado.

—No contestaré—dijo con todo sosiego.

Aquello no era aún más que el exordio. Si bien había prometido no refutar el discurso del diputado de la izquierda, entró á renglón seguido en una dis-

cusión minuciosa. Empezó por hacer un detalladísimo análisis de los argumentos de su adversario; empleaba una especie de coquetería, una imparcialidad cuyo efecto resultaba inmenso, como desdafiando todos aquellos buenos argumentos y dispuesto á darles de lado con solo un soplo. Después, pareció como que se olvidaba de combatirlos, no contestó á ninguno, y la emprendió con el más débil de ellos con inaudita violencia, con tan elocuente flujo de palabras, que lo anonadó. Se le aplaudía con entusiasmo y su triunfo era seguro. Su enorme corpulencia llenaba la tribuna. Sus hombros, balanceados, seguían el vaivén de las frases.

Su elocuencia era trivial, incorrecta, erizada de cuestiones de derecho, henchida de lugares comunes, mas hacíalos estallar como rayos. Tronaba y blandía frases estúpidas. Su única superioridad de orador estribaba en su aliento, aliento poderoso, inmenso, infatigable, meciendo los períodos y discurriendo por modo magnífico durante horas, sin temor de zozobrar.

Después de haber hablado durante una hora de un solo aliento, bebió un sorbo de agua, respiró un poco y puso en orden las notas que había colocado delante de él.

—Descanse usted—dijeron muchos diputados.

Pero Rougón no se sentía cansado, ni mucho menos, y quiso terminar.

—¿Qué es lo que se os pide, señores?

—¡Oíd, escuchad!

Una profunda atención hizo enmudecer nuevamente todos los semblantes; todos se volvían hacia él. Al oír ciertos arranques de su potente voz, grandes movimientos agitaban la Cámara de un lado á otro, como por recio vendaval.

—Se os pide, señores, que revoquéis la ley de seguridad general. No haré memoria de la hora maldita en que esta ley fué un arma necesaria; tratábase de tranquilizar al país, de salvar á Francia de un nuevo cataclismo. En el día de hoy el arma se halla metida en la vaina. El gobierno, que se ha servido siempre de ella con la mayor prudencia, y hasta diré con la mayor moderación...

—¡Es verdad!

—El gobierno que no la aplica sino en determinados casos del todo excepcionales. No molesta á nadie, á no ser á los sectarios que alimentan todavía la culpable locura de querer retroceder á los peores días de nuestra historia. Recorred nuestras ciudades, recorred nuestros campos, y por doquiera no veréis sino la paz y la prosperidad; interrogad á los hombres de orden, ninguno de ellos siente pesar sobre sus hombros esas leyes excepcionales que se nos echan en cara como un gran crimen. Lo repito, las paternales manos del gobierno, continúan protegiendo á la sociedad contra las odiosas empresas, cuyo éxito, por otra parte, es en adelante imposible. La gente honrada no tiene para qué preocuparse de su existencia. Dejémoslas en donde duermen, hasta el día en que el soberano estime deberlas romper por

su propia voluntad... ¿Qué es, señores, lo que se os pide todavía? la sinceridad en las elecciones, la libertad de la prensa, todas las libertades habidas y por haber. ¡Ah! permitidme reposar aquí en el espectáculo de las grandes cosas á que el imperio ha dado ya cima y cumplimiento. En torno mío, á donde quiera que vuelva los ojos, veo las libertades públicas crecer, desarrollarse y ofrecer ópimos frutos. La emoción que de mí se apodera no tiene límites. Francia, tan aherrojada, se yergue y ofrece al mundo el ejemplo de un pueblo que conquista su emancipación por su conducta ejemplar. En la hora presente, los días de prueba terminaron. No se trata ya de dictadura, de gobierno autoritario. Todos somos los obreros de la libertad...

—¡Bravo, bravo!

—Se pide la sinceridad en las elecciones. El sufragio universal, aplicado bajo la más amplia base, ¿no es acaso la condición primordial de existencia del imperio? Es indudable que el gobierno recomienda sus candidatos. ¿Por ventura la revolución no apoya los suyos con imprudente audacia? Somos atacados, nos defendemos, nada hay más justo. Se nos querría amordazar, atarnos las manos, reducirnos al estado de cadáveres. Esto es lo que no aceptaremos jamás. Por amor al país, estaremos siempre aquí, dispuestos á aconsejarle, á demostrarle en dónde están sus verdaderos intereses. Queda, por lo demás, dueño absoluto de su suerte. Vota, y nos inclinamos. Los miembros de la oposición que per-

tenecen á esta asamblea, en donde gozan completa libertad de palabra, constituyen una prueba más de nuestro respeto á los fallos del sufragio universal. Los revolucionarios deben echar la culpa al país, si éste aclama el imperio por mayorías abrumadoras... En el parlamento, todas las trabas para la libre intervención quedan en el día destruídas. El soberano ha querido conceder á los grandes cuerpos del Estado una participación más directa en su política y un brillante testimonio de su confianza. Podréis en adelante discutir los actos del poder, ejercer en toda su plenitud el derecho de presentar enmiendas, y emitir aspiraciones motivadas. Todos los años el discurso de la corona será como una cita entre el emperador y los representantes de la nación, en donde éstos gozarán de la libertad de decirlo todo con entera franqueza. De la discusión á la clara luz del día es de donde nacen los Estados fuertes y robustos. La tribuna queda restablecida, esa tribuna ilustrada por tantos oradores, cuyos preclaros nombres ha conservado la historia. Un parlamento que discute es un parlamento que trabaja. ¿Y queréis saber toda la extensión de mi pensamiento? Siéntome satisfecho al ver aquí un grupo de diputados de la oposición. Siempre habrá entre nosotros adversarios que procurarán cogernos desprevenidos, y que por tal modo demostrarán en plena luz nuestra honorabilidad. Pedimos para ellos las mayores inmunidades. No tememos ni á la pasión, ni al escándalo, ni á los abusos

de la palabra, por peligrosos que se puedan ofrecer... En cuanto á la prensa, señores, asegurar puedo que jamás ha disfrutado de más omnímoda libertad, bajo ningún gobierno decidido á hacer que se le respete. Todas las grandes cuestiones, todos los serios intereses cuentan con sus órganos especiales. La administración sólo combate la propaganda de doctrinas funestas, que inoculan el veneno en la sociedad. Pero, entendedlo bien, nos sentimos llenos de deferencia hacia la prensa honrada, que es la gran voz de la opinión pública. Nos ayuda en nuestra tarea, es la palanca del siglo. Si el gobierno ha tomado su dirección, ha sido tan solo para no dejarla en manos de sus enemigos.

Dejáronse oír risas de aprobación. Rougón entretanto se acercaba á la peroración de su discurso. Con sus crispados dedos oprimía la baranda de la tribuna; lanzaba el cuerpo hacia adelante y agitaba el aire con su brazo derecho. Emitía la voz con sonoridad de impetuoso torrente. Súbitamente, en medio de su idilio liberal, sintióse pasto de jadeante furor. Con el puño extendido, lanzado á modo de catapulta, amenazaba á algo, allá lejos, en el vacío. Aquel adversario invisible era el fantasma rojo. En breves frases dramáticas, señaló al fantasma rojo agitando su ensangrentada bandera, paseando su incendiaria tea, dejando en pos de sí ríos de cieno y de sangre. Todos los toques á rebato de los días de asonadas lanzábanse en su voz, con el silbido de las balas, las cajas de los Bancos destrozadas, el di-

nero de los ciudadanos robado y repartido. Los diputados palidecían en sus bancos. Luego Rougón apareció sosegado, y terminó á grandes rasgos con alabanzas que llevaban en sí el susurro de balanceos de incensario, y terminó hablando del emperador.

—Gracias á Dios sean dadas, nos encontramos bajo la egida de ese gran príncipe que la Providencia nos ha deparado para salvarnos en un día de misericordia infinita. Descansar podemos al abrigo de su elevada inteligencia; nos tiene por la mano y nos conduce paso á paso hacia el puerto de salvación, por en medio de los escollos.

Resonaron estruendosas aclamaciones, y suspendióse la sesión por espacio de unos diez minutos. Una oleada de diputados se precipitó al paso del ministro, quien se dirigía á su banco, con el rostro empapado de sudor y con el pecho agitado aún con su aliento de gigante. El señor La Rouquette, el señor de Combélot, y cien más, le felicitaban, extendían los brazos para lograr darle un apretón de manos al pasar. El movimiento alcanzaba á toda la sala. Hasta en las tribunas se hablaba y se gesticulaba. Bajo la asoleada claraboya del techo, entre aquellos dorados, aquellos mármoles, todo aquel lujo que participaba del templo y del gabinete de negocios, una agitación de plaza pública reinaba, risas de duda, ruidosas exclamaciones, exaltadas frases de admiración, el clamoreo de una muchedumbre movida por la pasión. Las miradas del señor de Marsy y de Clorinda se habían cruzado, y ambos se en-

tendieron con un movimiento de cabeza; confesaban la victoria alcanzada por el grande hombre. Rougón, con su discurso, acababa de dar comienzo á la prodigiosa fortuna que á tan altas esferas había de llevarle.

Un diputado, entretanto, se hallaba en la tribuna. Llevaba el rostro afeitado, blanco como la cera, y unos largos cabellos amarillos, cuyos bucles le caían sobre los hombros. Rígido, sin el menor gesto, recorría con la vista grandes hojas de papel, manuscrito de un discurso que se puso á leer con voz débil. Los ujieres gritaban:

—¡Silencio, señores!... ¡Sírvanse guardar silencio!

El orador tenía explicaciones que pedir al gobierno. Mostrábase irritadísimo con la actitud expectante de Francia en presencia de la santa sede, amenazada por Italia. El poder temporal era el arca santa, y el discurso de la corona debía contener una promesa formal, hasta un mandato expreso para su íntegro mantenimiento. El discurso se engolfaba en consideraciones, demostraba que el derecho cristiano, muchos siglos antes que los tratados de 1815, había establecido el orden político en Europa. A seguida venían frases de una retórica terrorífica, el orador decía que veía con espanto á la vieja sociedad europea disolverse en medio de las convulsiones de los pueblos. De vez en cuando, al oirse ciertas alusiones sobrado discretas contra el rey de Italia, alzábanse rumores en el salón. Mas, á la derecha, el compacto grupo de los diputados clerica-

les, cerca de un centenar de miembros, en extremo atentos, acentuaban con su asentimiento los menores pasajes de su discurso y aplaudían desafortadamente cada vez que su colega pronunciaba el nombre del papa, haciendo una ligera salutación devota con la cabeza.

El orador, al terminar, lanzó una frase, que quedó apagada entre el fragor de los aplausos.

—Me causa grima—exclamó,—el que Venecia la soberbia, la reina del Adriático, se halla convertida en obscura vasalla de Turín.

Rougón, con la cabeza todavía bañada en sudor, con la voz enronquecida y con su enorme cuerpo destrozado por su primer discurso, se empeñó en contestar sin perder un instante. ¡Qué espectáculo tan bello! No ocultó su cansancio, púsolo antes bien de manifiesto, y arrastróse á la tribuna, en donde empezó por balbucear apagadas palabras. Quejábbase con amargura de encontrar, entre los adversarios del gobierno, hombres dignos de consideración, tan consagrados hasta allí á las instituciones imperiales. Sin duda había oído mal; era seguro que no querían engrosar las filas de los revolucionarios, conmovier un poder cuyo constante esfuerzo se cifraba en asegurar el triunfo de la religión. Y, volviéndose á la derecha, dirigióles patéticos acentos, hablábales con humildad de astucia llena, cual si se tratara de enemigos poderosos, á los únicos enemigos ante los cuales temblaba.

Mas, poco á poco, su voz fué revistiendo todo su

acostumbrado énfasis. Henchía el salón con su mugido y se golpeaba el pecho con efusión.

—Se nos ha acusado de irreligiosos, y se ha dicho una gran falsedad. Nosotros somos los respetuosos hijos de la Iglesia y tenemos la gran dicha de creer... Sí, señores, la fe es nuestra guía, nuestro sostén, en esta tarea del gobierno, tan ruda á veces de soportar. ¿Qué sería de nosotros si no nos entregásemos en manos de la Providencia? La única pretensión que nos anima es la de ser humildes ejecutores de sus designios, los dóciles instrumentos de la voluntad de Dios. Esto es lo que nos permite hablar alto y hacer un poco bien... Y, señores míos, siéntome feliz en esta ocasión, que me permite posturarme aquí, con todo fervor de corazón de católico, ante el soberano pontífice, ante el anciano augusto, de quien Francia seguirá siendo por siempre hija vigilante y sumisa.

Los aplausos no esperaron al fin de la frase. El triunfo se convertía en apoteosis.

A la salida, Clorinda esperó á Rougón. Tres años hacía que no habían cambiado una sola palabra. Cuando apareció, rejuvenecido, como aliviado de un gran peso, habiendo desmentido en una hora toda su vida política, y dispuesto á satisfacer bajo la ficción del parlamentarismo, su inagotable afán de autoridad, Clorinda cedió á un impulso irresistible, dirigióse á él, le tendió la mano, y con los ojos húmedos y enternecidos, como una caricia, exclamó:

—Sea como sea, siempre resultará usted un hombre superior.

Fin

EXTRACTO DEL CATÁLOGO

Ouida. — Célebre escritora inglesa que en su largo peregrinar en tierra extraña llevó como precioso aluvión á su prosa, un arte de colorista fastuoso tan bello como real, tan exuberante como justo.

Bebé

La Princesa Xenia

El Correo de la Reina

La Conspiradora

La Condesa de Vassalis

El Secreto de Idalia

La Rodrigona

Edición económica, en rústica con
 cubiertas en colores. 1 peseta tomo
 Edición lujo encuadernada. 3 » »